

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta es la estación de los ingleses trashumantes. Vienen en nubes, y caen en hoteles y tiendas de anticuarios como lluvia, no diré sólo de libras, pero de chelines, peniques y menuda moneda.

Las tiendas de anticuarios! Hay en Madrid infinitas, unas ocultas en pisos altos, otras con su mostrador á la vista. La calle del Prado cuenta ocho ó diez, ó contaba hace días, pues estos prenderos, á lo mejor, liquidan y desaparecen.

En otras épocas, se encontraban en estas tiendas de chamarileros soberbios objetos de arte. Unas veces no conocían los mismos vendedores el valor de lo que vendían, otras andaban mejor enterados, pero siempre cabía esperar la ganga, el golpe de fortuna, el hallazgo. Hoy, realmente, sólo queda polvo de las grandezas de ayer.

Por las tiendas de los anticuarios de Madrid han pasado los Grecos auténticos, los Goyas innegables, los clásicos López, los Breughel visionarios, los deliciosos Teniers, despojo de viviendas históricas que se arruinaron por la prodigalidad ó la desdicha de sus representantes. ¡Qué de magnificencias no salieron de la casa ducal de Osuna! ¡Cuántas grandezas hemos visto vender, sin que ni una mano piadosa borrara al menos los blasones que delataban su origen!

Los anticuarios, desde mediados del siglo pasado, cayeron, á manera de langosta, sobre los pueblos de Castilla, Aragón, Valencia y Andalucía. Metiéndose en los viejos caserones y en las iglesias parroquiales y monasterios; aprovechándose de la ignorancia ó de la apremiante necesidad; engañando descaradamente acerca del valor de las cosas y muchas veces engañándose también ellos mismos, *clavándose*, es la palabra, por no poseer cultura suficiente ó porque de todas maneras hacían un buen negocio—negocio de mil por cien,—fueron privando á los edificios hasta de sus rejas y sus clavos, á los templos de sus retablos é imágenes, á las casas infanzonas de su mobiliario venerable, y á España de una de sus mayores bellezas. Pena y vergüenza causa este despojo inicuo, realizado sistemáticamente, y en comparación del cual nada ha sido la invasión extranjera, y nada acaso la desamortización, con todos sus estragos. La desamortización no sacó de España los tesoros, pero desmanteló la ciudadanía de nuestro arte, para que los merodeadores pudiesen saquearla. Lo increíble es que aún existan en España tantas maravillas en los pueblos y las viejas ciudades, pues no debía quedar ni rastro.

Entre lo que se llevaron los de Napoleón; lo que se robó á la sombra de los desamortizadores; lo que arrebataron los anticuarios y viajeros; lo que el clero enajenó, voluntaria é indebidamente; lo que arrasó el vandalismo del Estado, el vandalismo de las guerras civiles, el vandalismo municipal, el vandalismo de los colegios y academias establecidos en monumentos incomparables, y que los abrasaron en cenizas, no se concibe cómo algo se ha salvado del naufragio. ¡Mucho habría, para que pueda aún ser España relicario curioso y afligranado! ¡Qué de joyas perdidas! ¡Qué de recuerdos borrados, qué de preciosos auxiliares para la historia, si se conservasen!

La España destruida ó robada debió de ser la más espléndida. El que roba no coge lo peor, y para cerciorarse de que es así, basta girar una visita á los Museos del extranjero, donde han venido á refluir tantas preciosidades españolas. Y no hablemos de las colecciones particulares, de las casas y palacios para cuyo ornato fueron desnudadas las iglesias, de las vitrinas que encierran lo que en otros días era tesoro en las catedrales.

Quando encontramos á esos hijos de la gran Breaña, con sus trajes á enormes cuadros de abigarrados tonos, sus sombreros de casco, sus fachas heteróclitas y desgarradas, pero rollizas y limpias, y les vemos asaltar las tiendas de los chamarileros, para llevarse lo poco que va quedándonos, para revolver entre los residuos, como espigadores, tenemos la sensación del que nota que le quitan del bolsillo el pañuelo... A la verdad, ya nos lo habían quitado, pero dijérase que no lo notamos hasta que la idea del despojo se encarna y materializa en los flemáticos insulares... Mientras permanecen en el escaparate del anticuario la pieza de plata ó el santo de talla, dijérase que aún son nuestros... ¡Ah, el tradicional «inglés» que todo lo feria y carga con todo!

Sitio divertido, y uno de aquellos en que más se observa la realidad, es la casa del anticuario, donde parece que la historia se ha remansado y ha detenido sus espumas y sus corrientes. Pintoresca mezcla de armas, libros, efigies, joyas y objetos de arte, habla de las grandes direcciones que han dominado nuestro ayer; la dirección belicosa, la científica, la mística, la galante, la estética. En ningún comercio se vende tanta cantidad de alma humana como en el de antigüedades. Cada trasto encierra sentimiento ó pensamiento, evoca novela, epopeya, drama.

Por ejemplo, los retratos. ¿Conocéis algo tan sugestivo como un retrato viejo? Yo me quedo embesada mirándolos. Especialmente si son de mujeres ó de niños. Hay retratos de niños que esgrimen un sonajero, que asen la cinta atada á la patita de un pájaro, que elevan triunfalmente una manzana ó una naranja, ó que, sentados en el regazo de su madre, juegan con el collar que la adorna, ó arrugan, sonriendo maliciosos, los encajes de su escote... Pienso siempre que estos niños traviesos é inocentes de hoyuelos clodionescos, de ojos bañados en el dulce fluido de la vida que nace, son, desde hace tanto tiempo, una calavera monda, cuatro huesos blancos, ó algo peor: la momia, seca como esparto, deshílada como yesca, que se pulveriza allá en el silencio de una olvidada sepultura... y el retrato gana para mí en enigmático interés. De aquella niñez encantadora; de aquella alegría conservada por el pincel, he aquí lo único que resta; lo único que conocemos: la momia ó el hueso mondo. ¿Y qué habrá sido, en el mundo de los vivos, el niño cuya imagen contemplamos ahora? ¿Qué dolores, qué pasiones, qué triunfos, qué derrotas habrá sufrido en el curso de su existir? ¿Habrá llegado siquiera á vivir el tiempo normal, ó más bien, poco después de colgado en la sala este retrato que encargó el amor materno, el niño, alegría y orgullo de un hogar, cayó, tempranamente besado por la que no perdona?

¿Pues y las mujeres? ¡Qué de poesía en sus retratos! ¡Qué de melancolía en la belleza pasada! Cuando vemos á una vieja que conserva rastros de ajada hermosura, notamos el estrago del tiempo, y dudamos de la beldad. En el retrato, lo que los años ultrajaron se nos aparece en todo su esplendor, en su momento culminante. La mujer, pobre ó rica, ilustre ó vulgar, escoge para retratarse su mejor hora y sus galas predilectas; estudia lo que la realza, y procura aparecer atractiva, seductora. Aun en los retratos de mujeres muy maduras encontraréis este rasgo: sea en el peinado, sea en el vestido, observaréis que se quiso dejar á los venideros una imagen grata. Hay una sonrisa ó una tristeza divinas, que existen más en los retratos que en las mismas mujeres. El retrato tiene algo de misterioso, de profundo, que no tuvo acaso el original.

Las manos de los retratos también son poemas. Generalmente, los pintores embellecen la mano de la mujer, ese vivo marfil sobre el cual cayeron como pétalos de rosa las rícarinas uñas. En muchos retratos antiguos, de la época de los Austrias, se observa que las manos no son copiadas del natural, aunque lo sean escrupulosamente los rostros y la vestimenta. Para las manos hay un modelo uniforme, y así se explica que, por ejemplo, en el célebre grupo de Van Dick con su protector y la bella esposa de éste—más protectora si cabe,—todas las manos son idénticas, igualmente luengas, afiladas, de dedos prolongados, pálidos, manos altamente aristocráticas, porque sin duda se tenía entonces á mengua el que la mano no revelase el nacimiento y el desdén hacia toda labor manual.

Mucho dan en qué pensar tales manos, tales semblantes como en los retratos se ven. Desaparece la noción del tiempo que ha pasado, y sentimos la persistencia de la vida humana, la identidad de nuestro espíritu con los espíritus que fueron. Las penas y las esperanzas, los sueños y las decepciones que se revelan en esas caras de otro tiempo, ¿no son las mismas, exactamente las mismas, que se asoman á una faz de hoy?

Recuérdanme los retratos antiguos lo que me decía en Roma el malogrado Luis Llanos, mi inolvidable *cicerone gratis*. Enseñándome los bustos de los emperadores, de las emperatrices, exclamaba: «¿Ve usted? Son hombres y mujeres de ahora. Modifíque usted un poco la indumentaria... y ese gesto lo hemos visto ayer, en un teatro, en un casino, en un baile... Agripina Junior, es usted misma... Adriano, es...» Y me nombraba á un político de cuenta. «La diva Faustina, es...» Y citaba á una dama cuya semejanza, no tanto de rasgos, como de expresión, con la *divina*, tenía mucho de sorprendente. Id á cualquier Museo que guarde imágenes de personajes históricos, y observaréis que, por la calle, os salen al encuentro, con ropajes de ahora, los tipos de entonces. Para mí no hay cosa más peregrina que esta reaparición de la humanidad que ya no existe. Y cuando se trate de alguien que conserva los retratos de sus ascendientes, el fenómeno es evidente, claro. No todo lo destruye la muerte. El abuelo, el padre, el remoto tatarabuelo, reviven en su descendencia. ¿Quién no ha observado la reproducción, en el rey Alfonso XIII, de muchos de sus antepasados? Hay en él Austrias, Borbones, Lorenas, y según las edades de su todavía muy corta vida, se marca el parecido extraordinario con unos ó con otros de los grandes retratos de Velázquez, Goya, Coello y Moro. Si todo el mundo conservase, como la conservan los reyes, la serie de retratos de familia, vería en sí mismo á los que le precedieron, misteriosos eslabones de la irrompible cadena que nos une con el ayer, que nos sume en el océano de lo pasado, del cual no tenemos conciencia alguna...

En las casas de los anticuarios, el polvo del pasado se anima, las sombras disipadas vuelven á tomar cuerpo. Allí la vieja ejecutoria pregona decadencias y dolorosas transacciones con la pobreza, que hace vender hasta la sangre... Cuando vemos esos pergaminos enriquecidos con viñetas y capitales de oro, azur, gules y argén, ó leemos las enamoradas dedicatorias al reverso de las miniaturas, sentimos lo deleznable de todo, mucho más que en un cementerio. En el cementerio sólo está probada la nulidad de la materia; pero los restos de vida sentimental esparcidos por las casas de anticuarios gritan la nada del sentimiento y del espíritu. Tampoco eso resiste al tiempo y á las vicisitudes. Tampoco lo que fingió eterno el cariño fué más que flor de un día...

En cierta ocasión adquirí un Niño Dios, muy gracioso, en el Rastro (todavía en el Rastro aparecía á la sazón, de tiempo en tiempo, una antigualla bonita). Al registrarlo para limpiar la cera y la suciedad que manchaban su peana, vi un papel amarillado, adherido al zócalo, que, en la menuda y clara letra del siglo XVIII, rezaba: «Santo Niño, protector del Convento.» Compasión infinita inundó mi corazón, ante el letrero lleno de ingenuidad. ¿Qué convento sería ese, á quien el Niño protegía? ¿Por qué azares de la suerte, por qué catástrofes acaso, las monjitas se habían visto privadas de su protector? ¿Era que los franceses habían pegado fuego al monasterio, después de profanar y degollar? ¿Sería que el convento, en alguna ciudad de las que sienten la necesidad de ensancharse, estorbaba para abrir una vía ó franquear una plazuela, y lo derribó el golpe de la piqueta, que ha alfombrado nuestro suelo de ruinas? ¿Sería que la Comunidad se hubiese extinguido, por falta de novicias, y que, al morir la última y centenaria monja, una mano sacrilega arrebató de su cábecera al Niño? ¿Sería que un día de miseria, de necesidad angustiosa—como la que obliga á las Capuchinas de mi pueblo á tocar la campana pidiendo auxilio,—hubo que acudir, supremo recurso, á deshacerse del pequeño y adorado numen tutelar?

Todo cabe, y todo se vislumbra, detrás del rótulo indescriptiblemente saudosos: «Santo Niño, protector del Convento...»

Y de aquí se desprende que lo más hermoso del arte son los pedazos de alma que arrastra en su corriente agitada por la pasión y el dolor. Las tiendas de anticuarios se prestan á la meditación y la sugieren con más fuerza que un tomo de historia. No es necesario que el objeto contemplado sea de una belleza extraordinaria para que haga pensar. Hay cachivaches sin valor estético, que lo tienen muy grande desde este punto de vista psicológico. Una tela, un broche, un plato blasonado, un sello, algo de uso íntimo, bastan para tema de estos estudios y estos vuelos de la fantasía...

Me acuerdo de haber visto una sortija que, en su interior, llevaba una leyenda: «¡Para siempre!..» La más ambiciosa de las divisas venía á probar la instabilidad de las cosas. Aquella alhajueta era un pedazo de corazón... arrancado y momificado, como el del caballero Durandarte.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.